

ALGUNAS REFLEXIONES ANTES DE ENTRAR EN MATERIA

La mayor parte de los filósofos de la antigüedad han escrito enormes disparates acerca de la mujer, y los filósofos modernos no les van en zaga. Siendo la mujer el sér que agita las más impetuosas pasiones del hombre, no puede conservar éste la razón bastante serena para juzgarla. Al leer los libros que *los sabios* han consagrado al sexo femenino, se deduce que la mujer es arquetipo de perfección ó germen de todo mal. La mujer, según autores que blasonan de haberla estudiado (muchas cosas se estudian sin éxito), es ángel ó mónstruo: para ellos no hay término medio.

Separándonos del juicio que de la mujer han formado, y analizando el destino que

le señalan, observaremos las mismas aberraciones. Unos piden para la mujer iguales derechos que para el hombre, con lo cual la convertirían en un ente absurdo y descentralizado, que no se podría clasificar, porque moralmente no estaría definido; otros le coartan tanto la voluntad y la acción, que le quitan toda personalidad, convirtiéndola en un sér pasivo, en un sér artificial que sólo puede moverse á impulsos del hombre, como se mueve una máquina á impulso de fuerza mayor. Estúdiense las teorías de los *sansimonianos* y de los *prudhonianos* y se observará la verdad de las apreciaciones que de jo manifestadas.

Los sansimonianos conceden á los dos sexos igualdad de derechos políticos, sociales y morales, siendo Entantin, uno de los jefes de esta escuela, quien queriendo favorecer á la mujer ha proclamado la tesis más inmoral con relación al amor y al matrimonio; tesis que toda mujer sensata tiene que rechazar, porque ataca el orden

que el matrimonio ha establecido en la vida social al legitimar los afectos, sin el cual la mujer quedaría perjudicada.

Los proudhonianos por el contrario, con sus reticencias y cohibiciones esclavizan á la mujer. Proudhon cree firmemente en la inferioridad intelectual y moral del sexo femenino respecto al masculino, y la apoya en la debilidad de los músculos de la mujer y en su falta de fuerza física. Mas como el alma no se compone de tejidos, vértebras ó músculos, para afirmar el infatigable polemista que moralmente es inferior la mujer al hombre, se burla de los que invocan la igualdad de las almas, con la siguiente frase que, dada su incredulidad, no puede ser más sarcástica y sangrienta: *la igualdad de elevación entre el alma de uno y otro sexo, podrá demostrarse en el otro mundo, pero en éste es imposible*. Tales palabras envuelven aviesa intención. Fáltale al espíritu de la mujer, según Proudhon, la facultad de producir gérmenes, es decir, ideas, por lo cual

carece de genio, es antimetafísica, no sigue deducciones, no generaliza, no sintetiza. Esto es negarle á la mujer de una manera vergonzante la facultad de pensar. Según el aforismo de Descartes, *pienso, luego soy*, el pensamiento es lo que revela nuestra existencia; si la mujer no piensa (según Proudhon), la mujer no existe, es un sér mítico que ha forjado la fantasía. Ahora bien, ¿podrá demostrar Proudhon con todas las sutilezas de su ingenio, que el hombre existe no existiendo la mujer? ¡Hasta qué dislates conducen las alambicaciones de los que se creen pensadores, por haber descubierto que la mujer no piensa, que la mujer *no es!*

No necesitaba Proudhon dirigir una mirada retrospectiva para encontrar múltiples talentos en el sexo femenino, pues en su época figuraban mujeres de brillante ingenio, como han brillado en todos tiempos, mas si no admite que aun generalizada la instrucción se nivelen las inteligencias en los dos sexos, menos ha de querer ad-

mitir el fenómeno de que siendo poco cultivado el talento femenino, deba sus resplandores á facultades propias ó naturales.

*La conciencia de la mujer* — añade Proudhon — *es más débil que la del hombre, por la diferencia que separa su espíritu del nuestro; su moralidad es de otra naturaleza; lo que la mujer concibe como bien y mal, no está bien apreciado; de modo que relativamente á nosotros la mujer puede ser considerada como una criatura inmoral. Observadla: la encontrareis siempre en pugna con la justicia, la desigualdad es su distintivo, en ella no se advierte ninguna tendencia á ese equilibrio de derechos y deberes, que es la idea fija del hombre, y por la cual lucha encarnizadamente con sus semejantes. Ella ama las distinciones, los privilegios; la justicia que nivela los rangos le es insoportable.*

¡Qué aberración! La mujer ama los privilegios y la gloria, para el sér que hace palpar amorosamente su corazón, mien-

tras que el hombre los ama por sí mismo.

¡Que la mujer no conoce la ley del equilibrio! ¿Cómo no la ha de conocer? Son tantos y tantos los derechos que el hombre ambiciona, y por los que pelea eternamente, que para sostener el orden social, se ha visto la mujer obligada á no reconocer más que deberes.

¡Que la conciencia de la mujer es inferior á la del hombre! ¿Saben los proudhonianos lo que es la conciencia?

La conciencia es un sentimiento estético que nos inspira horror á la culpa, porque la culpa es fea, y siendo un sentimiento estético la conciencia, indudablemente ha de estar muy despierta en la mujer, teniendo cual tiene en más alto grado que nadie el instinto de lo bello, que en moral es el instinto de lo bueno. Después de negarle á la mujer el vigor de la idea, los proudhonianos quieren negarle la conciencia, la conciencia, que es lo eximio del sentimiento, lo más etéreo del alma, lo más noble de nuestro sér, lo que dis-

tingue al sér racional de los irracionales.

La constante observación viene demostrando que la conciencia se desarrolla antes en la mujer que en el hombre. La conciencia tiene dos fases: existe la conciencia espontánea, y la conciencia educada; la conciencia espontánea se manifiesta en la mujer, la conciencia educada en el hombre. La conciencia espontánea, que es la que se distingue en el sexo femenino, es inmutable, firme, fija; la conciencia educada, que es la única que posee el sexo masculino, está sujeta á mil cambios, es regida por distintas ideas, obedece á leyes sociales. La conciencia espontánea rige todos los actos de la vida; la conciencia educada ó artificial es regida por ellos. La conciencia es la reguladora del honor, y el honor tiene origen más alto, base más sólida en la conciencia de la mujer que en la del hombre. El honor muestra siempre la misma forma en la conciencia de la mujer; siendo en ella la virtud, la práctica

de la moral: el honor en la conciencia del hombre está sujeto á mudanzas. Los hombres del siglo XIX entienden la idea del honor de otro modo que los hombres del siglo XVI; en la mujer, la idea del honor es inmutable.

Necesita la mujer toda una vida de pruebas para que pueda quedar declarado su honor; el hombre se coloca con serenidad ante el cañón de una pistola, tiene cinco minutos de arrojo, *y ya es hombre de honor*. El honor en el hombre llámase *valor ó crédito*; en la mujer llámase *virtud*; esto es, la síntesis de todos los sacrificios, de todos los triunfos sobre sí misma, á veces hasta de la inmolación. El honor del hombre se forma con un rasgo de valor físico, material, porque el valor depende del temperamento, con un rasgo de valor que muchas veces es debido á las circunstancias, mientras que el honor en la mujer tiene que ser sostenido por un valor moral, constante, perpetuo. ¡Cuántos crímenes se cometen en nombre del honor!

El duelo, nacido en sociedades bárbaras que no tenían leyes; el duelo, que no es más que la superstición del honor, forma la más alta manifestación del honor del hombre; el duelo, que está reprobado por la religión y por la ley. ¿Qué os parece la lógica de la conciencia masculina? Gran audacia han necesitado los proudhonianos para decir en tono de infalible aserto, que la mujer es un sér inferior al hombre hasta en moralidad.

La mayor parte de los fisiólogos afirman que el organismo de la mujer está más predispuesto que el del hombre á la voluptuosidad, y sin embargo, nadie puede negar que la mujer es más fiel á sus deberes que éste. Por cada caso de infidelidad en el sexo femenino, se cuentan noventa y nueve en el masculino.

Añádase á esto que el hombre puede casarse siempre por amor, mientras que la mujer tiene que aceptar el matrimonio las más veces, como única solución á su porvenir.

Si á pesar de la decantada debilidad de la mujer, y de estar siempre combatida por el que se llama fuerte, sabe resistir y apagar con la voluntad el ardor de los sentidos, ¿dónde brilla la conciencia más pura, en el sexo fuerte que ataca, ó en el débil que se defiende?

Proudhon materializa lo inmaterial queriendo llevar hasta las inaccesibles esferas del espíritu las ecuaciones algebraicas, y resulta de sus alambicados problemas, que la mujer apenas vale la tercera parte que el hombre.

Gran divergencia existe entre las ideas que manifiesta el autor de la *Filosofía del Progreso* y su conducta: el gran revolucionario, cuyo nombre espantó por mucho tiempo á los tímidos, complaciase en rodearse de su familia hasta cuando se entregaba al trabajo. El exaltado defensor del pueblo casóse con una humilde obrera, en cuya compañía vivió dichoso. Él mismo educó á sus hijos: su hija Catalina ejerció desde la infancia el cargo de secretario

de su padre. La ilustración precoz de la hija de Proudhon asombraba á los amigos del célebre autor de las *Contradicciones Económicas*. El incansable batallador que convertía la palabra en catapulta, sintió gran ternura hacia su madre, que era una mujer de talento superior, dotada de mucho carácter. Proudhon dice que puso á su hija el nombre de Catalina porque lo había llevado la mujer que le dió el sér. *Quise honrar, exclama, la memoria de la pobre labradora que tanto valía, y que vivió desconocida*. A pesar de la brusquedad y dureza de Proudhon, rindió á su madre un culto amoroso y tierno.

En una carta íntima dijo á uno de sus amigos: *No me casé apasionado, me casé por reflexión. Muerta mi madre, sentí un vacío que sólo podía llenar la paternidad, y la busqué por caminos rectos y honrados. Me casé porque sentía nostalgia de hogar*.

Ya veis que el proclamador de los *Principios de organización política* tam-

bién sintió la necesidad de organización doméstica, y empezó por organizarse á sí mismo.

Los dos únicos sentimientos tiernos que existieron en el corazón del impugnador del derecho de la propiedad, fueron el afecto hacia su madre y hacia su hija.

Muchos de los grandes hombres han menospreciado á la mujer con sus palabras y la han venerado con sus hechos. ¿Qué mayor triunfo para el sexo femenino?

Otro filósofo moderno que abraza ideas retrógradas hacia la mujer, y que le niega iniciativa, es el célebre historiador, matemático y astrónomo Augusto Comte, á pesar de que tanto él como sus secuaces, alardean de rendir ferviente culto á las mujeres.

Los reaccionarios han tratado al sexo femenino mejor que Augusto Comte, pues ellos, que le niegan un lugar en el alcázar de la ciencia, le dan alto puesto en el hogar, entregándole el cetro doméstico, mientras que el filósofo positivista confina

á la mujer á la vida privada, convirtiendo su casa en cautiverio. No porque lo haga de una manera solapada deja de condenarla al servilismo, pues dice así: *El sexo femenino está llamado á la obediencia, por ser el sexo afectivo.*

Según el autor de *El catecismo positivista*, el hombre es un sér eminentemente activo, y la mujer es sólo una influencia moral. Opina que la mujer no debe mezclarse en ninguna cuestión sociológica ni tampoco industrial, porque la biología comparada demuestra que el sexo femenino está constituido en una especie de infancia eterna. Proclama la recusión de la mujer basándola en que el cumplimiento de sus deberes exige gran concentración de espíritu, y añade sofisticamente: *Si los filósofos deben retirarse de la vida práctica para que no se altere la pureza de sus teorías, mucho más la mujer, que es un elemento de influencia moral.*

Estas palabras encierran bajo una bella forma la nulificación de la mujer, pues le